

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

UN NOTABLE CAPITULO DE "EL INFIERNO"

iré a parar bajo tierra. Habré tenido una enfermedad o una llaga que acceleró la podredumbre de mi carne. Sin duda moriré de enfermedad, por haberse atragantado, quebrado o paralizado algún órgano, si no es que enloquecí atrapándolo a todo lo demás. Moriré de enfermedad, con toda mi sangre dentro... Me gustaría más morir en la púrpura de una herida...

Y a mí también me enterrará como a los leñados, por raro que pueda parecerme. Ya como una advertencia de cielo—las palabras del poeta vuelvan a mi memoria y me abruman—, tengo que sufrir esa polvareda que cae sobre mis todos los días, de la que he de huirme, defendérme, y escapar. El polvo que nos molesta diariamente es el ángel sombrío de la tierra.

En el frágil ataúd, será mi espuma presa de los insectos, del pulular irresistible de sus larvas. ¡Invasión incontable que se multiplicará! Linneo ha dicho que tres moscas consumen un cadáver tan pronto como pudiera hacerlo un león.

Abro un libro que tengo aquí. Me abismo en los pormenores. ¡Me entero de lo que me aguarda después de la muerte! Aprendo en ese libro mi historia futura.

Los bichos de los cementerios se suceden por períodos. Cada especie llega a su tiempo, de suerte que se conoce la edad de un cadáver por la clase de insectos que en él se ceba. Observarse así al trayecto de los cuerpos sin vida ocho inmigraciones sucesivas, que corresponden a las ocho fases de la fermentación putrida, por obra de la cual se exterioriza poco a poco el interior del espíritu.

Quiero conocer mi futura fermentación, ver de antemano lo que no he de ver; quiero temblar a causa de lo que no he de sentir.

Esas moscas muy menudas, las curtopeuras, asedian al cuerpo algunos instantes antes de la muerte... Yo las oí. Ciertas emanaciones les indican la luminosidad de un suceso que va a procurarles una resplandiente abundancia de alimento para sus larvas y, cargadas de huevos, perfían ya por depositarlos en las narices, boca y ojos del moribundo.

No bien cesa la vida, acuden otras moscas. Desde que el pobre espíritu de su respiración se hace sentir, acuden muchas más: la mosca azul, la mosca verde, entre nombre científico es "Lucilia caesar", y el moscardón llamado el "gran sarcófago", que tiene el tórax surcado de rayas blancas y negras. La primera generación de estas moscas, atraídas por la espantosa soña, puede formar por sí sola en el cadáver, de siete a ocho generaciones que crecen y se acumulan durante tres a seis meses. "Cada día—dice Megnin—las larvas de la mosca azul aumentan doscientas veces otro tanto de su peso..." La piel del cadáver es cubierta de un color amarillo tirando a rosa, el vientre de un verde-claro, la espalda de un verde obscuro. O por lo menos, tales serían sus colores si no pasase todo esto en la sombra de la tumba, que la fermentación bíférica, que produce unas fealdades ex-

sos llamados vulgarmente sebo de cadáver. Esa es la sazón de los dermestos—insectos carnívoros que producen las masas provistas de largas cerdas y mandíbulas que reciben el nombre de aglosas. Las larvas de los dermestos y las orugas de las aglosas presentan la particularidad de que pueden vivir en las materias crudas, y "se amoldan como la mantequilla al fondo de los ataúdes".

Algunas de estas materias cristalizan y reducen como lentejuelas, luego, en el polvo definitivo.

Después acude un cuarto escadrón, que acompaña a la fermentación casera, y se compone de unas moscas, las piefilas, que producen los gusanos del queso —a los cuales se les conoce fácilmente por los altos características que ejecutan—, y unos coleópteros, los corinetos.

La fermentación amoniacal, la lievitación negra de las carnes, abre una quinta invasión, formada de moscas que reciben los nombres de loncheas, o fíras y foras, y son tan numerosas, que en los cadáveres exhumados en el curso

de este período, los restos negruzcos de sus crisálidas semejan, según la expresión de un médico legal, a las "quesetas de los jamones", y cuando se exhausta el fétido y se le destapa, durante esta fase, salen de él nubes de moscas. La descomposición deliciosa negra atrae también a unos coleópteros, las silfides, y a las nueve especies de necróforos.

La putrefacción ha consumido ya casi del todo su obra. El período que luego empieza es el de desecación y momificación del cadáver bajo los sudarios y mortajas almidonadas por los líquidos gelatinosos del período anterior. Todo lo que queda de materia blanda, pasta orgánica harinosa y jabonosa amoniacal, lo devora otra especie de insectos: unos acarios redondos y ganchudos, casi invisibles a simple vista. Su número se decuplica de quince en quince días; si al principio eran veinte, al cabo de dos meses y medio son dos millones.

A los acarios sucede una séptima inmigración. La forma las aglosas, que ya acuden al empezar la destilación de los ácidos crudos y luego desaparecen. Estas aglosas roen, asieren, desmenuzan los tejidos apergaminados, los ligamentos y tendones, transformados en una materia dura de apariencia resina, así como los pelos y las ropas. El espíritu toma entonces un color de oro bronceado y esparsa un fuerte tufo a cera.

Por último, al cabo de tres años, acude el octavo enjambre de obreros. ¿Qué es lo que estos devoran? Todo lo que queda, todo, hasta los restos de los insectos, que en estado de larva se sucedieron en el cadáver. El que arrancaba con las últimas sobras es un mundo coleóptero negro, cuyo nombre científico es el de tenebroso obscuro.

Este coleóptero no dejó nada restos de sí, a no ser algunos restos de restos alrededor de los huesos blanqueados y una diminuta masa compacta en el fondo de la cápsula del cráneo. Esa suerte de mantillo pardusco, granulado, que esparsa a la piedra humana y pidiere

Si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas.

—No ves cómo nosotras, las hojas rumorosas, sabemos responder a la tormenta? ¡Quién eres tú, di, tan callada?

—Yo no soy más que una flor.

La cascadita canta: Cuando llegó a mi libertad, encontré en mi encantamiento.

La vida se nos da, y la merecemos dándola.

No temás nunca al instante, dice la voz de lo eterno.

Da gracias a la llama por su luz, mas te olvides de la lámpara paciente, siempre de pie en la sombra.

Cada niño que viene al mundo nos dice: Dios aún espera del hombre.

El binéhoeho llama a la puerta, pero el que ama la encuentra de par en par.

—Fruto, ¿estás muy lejos de mí?

—Estoy en tu corazón, flor.

El eco de la muerte da valor a la moneda de la vida, y hace posible comparar con la vida lo que es verdaderamente precioso.

No te pases a cojer flores por guardarlas, sino camina y camina, que las flores se guardarán a sí mismas, floreciendo en toda tu jornada.

—Cómo alegra alrededor del otoño la música del verano que se fue, buscando su nido viejo!

Se quiere bullicioso el camino, porque no se la ama.

—Lo que termina agotándose, no es más que muerte; el finalizar perfecto está en lo infinito.

El silencio lleva en sí tu voz, como el nido la música de sus pájaros dormidos.

—Qué es esto que así me aprieta el pecho? Mi alma que quiere salir a lo infinito, a el alma del mundo que quiere estar en mi corazón?

Rabindranath TAGORE.

PARASITOS

Jamás pensé que Dios tuviera alguna forma. Absoluta su vida; y absoluta su norma.

Ojos no tuvo nunca: mira con las estrellas.

Manos no tuvo nunca: golpea con los mares.

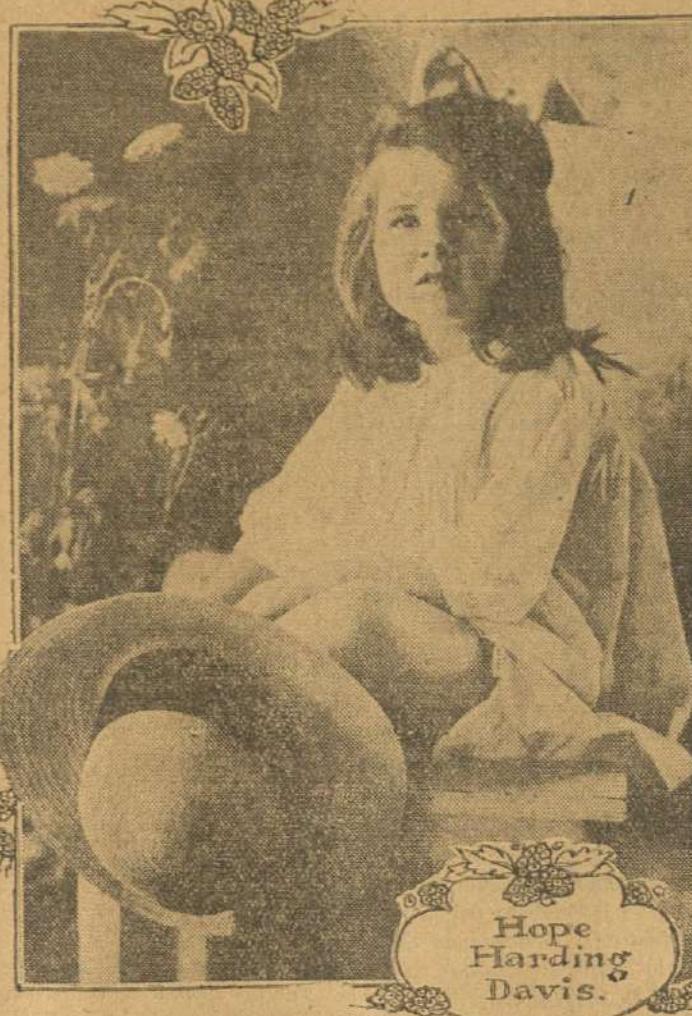
Lengua no tuvo nunca: habla con las centellas.

Tu diré, no te asombres:

se que tiene parásitos: las cosas y los hombres.

Alfonso STORNI.

CABEZAS DE ENSUEÑOS



Hope
Harding
Davis.

DE PAJAROS PERDIDOS

Si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas.

—No ves cómo nosotras, las hojas rumorosas, sabemos responder a la tormenta? ¡Quién eres tú, di, tan callada?

—Yo no soy más que una flor.

La cascadita canta: Cuando llegó a mi libertad, encontré en mi encantamiento.

La vida se nos da, y la merecemos dándola.

No temás nunca al instante, dice la voz de lo eterno.

Da gracias a la llama por su luz, mas te olvides de la lámpara paciente, siempre de pie en la sombra.

Cada niño que viene al mundo nos dice: Dios aún espera del hombre.

El binéhoeho llama a la puerta, pero el que ama la encuentra de par en par.

—Fruto, ¿estás muy lejos de mí?

—Estoy en tu corazón, flor.

El eco de la muerte da valor a la moneda de la vida, y hace posible comparar con la vida lo que es verdaderamente precioso.

No te pases a cojer flores por guardarlas, sino camina y camina, que las flores se guardarán a sí mismas, floreciendo en toda tu jornada.

—Cómo alegra alrededor del otoño la música del verano que se fue, buscando su nido viejo!

Se quiere bullicioso el camino, porque no se la ama.

—Lo que termina agotándose, no es más que muerte; el finalizar perfecto está en lo infinito.

El silencio lleva en sí tu voz, como el nido la música de sus pájaros dormidos.

—Qué es esto que así me aprieta el pecho? Mi alma que quiere salir a lo infinito, a el alma del mundo que quiere estar en mi corazón?

Rabindranath TAGORE.

IMPUUESTOS DE SANIDAD

De conformidad con la Ley y por resolución del I. Concejo Cantonal, convócase licitadores para el remate de los impuestos municipales de Sanidad por el presente año, sobre las siguientes bases:

Casas de juego \$ 2.000.—

Introducción de licores extranjeros 6.000.—

El remate se efectuará el día 17 del presente mes, en el portal de la Casa Municipal, hacia la calle de Chile, a las 4 de la tarde.

Guayaquil, 14 de Enero de 1920.

EL SECRETARIO DE SANIDAD.

A. E. Alvarado Vargas

Acaba de recibir por el último vapor:

Un gran surtido de cujas de metal y de hierro esmaltado, estilos modernos.

Motores eléctricos "Hamilton—Beach", para máquinas de coser, de cualquier marca.

Molinillos eléctricos "Steel—Kut", para café.

Ventiladores eléctricos "Cyclone", de 8 pulgadas, para escritorio.

Precios sin Competencia

Oficina: Chimbacazo No. 1219, entre Vélez y 9 de Octubre.

caída, antes que hubieras realmente caído.

Hay otro medio de hacerse una especie de idea, de fórmula de idea del universo, y es merced a la luz. A causa de su formidable velocidad, la luz ha de reducir locamente las cifras, imponiéndolas más sensibles sus inmensidades.... La luz recorre el éter a razón de trescientos treinta mil kilómetros por segundo. Tarda un poco más de ochenta minutos en llegar del sol; de suerte que la imagen que de él tenemos es la del astro según era ochenta minutos antes del instante en que le contemplamos. Para llegar la luz a nosotros desde la estrella más próxima invierte cuatro años y cuatro meses; y treinta y seis años en venir desde la estrella Polar....

Empiezan varios siglos para llegar a nosotros desde ciertas estrellas que vemos, por lo tanto, según era hace varios siglos. Y si esas estrellas nos miran, nos verán con el mismo vertiginoso retraso....

Esa constelación que corona a la ciudada viviente y moribunda con una diadema triste por demasiado gravedad, nos es completamente desconocida. Sospechamos, a lo sumo, que es la una de sus puntas de luz tendrá alguna analogía con el ardiente Sol, esa bella de fuego erizada de llamas que son tan grandes como la distancia que hay de la Tierra a la Luna.

Si los ojos de una de esas estrellas fueran más perspicaces que los nuestros, ¿qué vería en la Tierra como si estuviese ocurriendo en el presente momento? Entre las formas terrestres que aún se crispaban y tiemblan a consecuencia de una gran crisis geológica, vería soñando a un ser único desprendese de la tierra que traía sus cuatro miembros, erguirse en pie vacilante todavía y alzar obscuramente los ojos, abiertos en un semblante aún bestial y asustado de sombra. Comprendería que una conciencia se ha despertado fuera de la universal animalidad y que en el hueco de esa montaña una caverna piensa....

Y tal vez entre otras estrellas y nosotros todavía no ha habido cambio de luces desde que ella existe, cuando ambos mundos acaban por verse, quizás haga eternidades que fueron todos destruidos....

Y esas eternidades me hacen pensar en el tiempo. Cuánto tiempo hace que la Tierra existe? Cuántos millones de siglos transcurrieron desde que la materia gaseosa del mundo se desprendió del ecuador de la nebulosa solar? No lo sabemos. Se supone que para la segunda parte—muchísimo más corta—de su transformación, es decir, para pasar del estado líquido al sólido, fueron necesarios trescientos cincuenta millones de años.

Hablaban hace un momento del átomo el elemento más pequeño de la materia. Veamos ahora el mayor elemento que se conoce: el mundo estelar. No habla del conjunto real, ni siquiera del visible del firmamento, que es inconmensurable, sino de la parte del mismo que ha sido medida por la ciencia. La investigación científica se limita a un radio de ochocientos mil millones de millones de kilómetros, a partir de la Tierra. Más allá de ese radio, que sólo abarca los astros más próximos, los mundos no presentan, con respecto al movimiento de la Tierra, un desplazamiento aparente que nos consienta apreciar su distancia, y ningún dato tenemos sobre los espacios siderales.

El universo explorado por el cálculo se halla, pues, representado por una esfera cuyo radio es de ochocientos mil millones de millones de kilómetros. Los números que determinan esa esfera son los guarismos más grandes que se pueden aplicar a la realidad. Arroján un volumen de dos mil ciento cuarenta y cinco "sexdecillones" de metros cúbicos. Como, de otra parte, el número de

átomos contenido en un metro cúbico es, refiriéndonos a la dimensión hipotética que hemos concedido al átomo, de un "decillón", la relación entre lo más grande y lo más pequeño es un número tal, que la ciencia no tiene término apropiado para expresarlo.

Nunca se sirvió alguien de él; yo sé, quizás el primer hombre que lo hace, por la necesidad de precisión enorme que me atormenta esta noche. Según la etimología latina, de los hombres de los números, ese número virgen, que formaría los átomos que puede contener el universo, se empezaría a enumerar así: "dos octovigintillones".... Compárese de los dos seguidos de ochenta y siete cifras. Nada puede dar idea de la inmensidad de ese número, que expresa a la Naturaleza desde sus cimientos hasta su última frontera asequible.

Y sin embargo, todavía hay que multiplicarlo por cincuenta trillones, transformarlo en "ciento duotrigentillones" es decir, en un número de ciento diez cifras, si admitimos la teoría de Newcomb, que, basándose en los movimientos y velocidades de los astros, según la ley inmutable de gravitación, limita nuestro sistema estelar entero a una

REALIZAMOS:

500 Barriles Cemento.

LYNCH & PAULSON.

Calle Pedro Carbo No. 1014.

KOPPEL INDUSTRIAL CAR and EQUIPMENT COMPANY

Koppel Pennsylvania, U. S. A.

Antes Orenstein-Arthur Koppel Company. Fabricantes de toda clase de Materiales para